

Reseña

Miguel Ángel del Arco Blanco (ed.). *Los «años del hambre». Historia y memoria de la posguerra franquista*. Madrid, Marcial Pons, 2020, 376 pp. ISBN: 978-8417945053.

Este libro, coordinado por Miguel Ángel del Arco, nos retrotrae a ese período tan difícil y oscuro de la historia de España que transcurrió entre el final de la Guerra Civil y los inicios de los años cincuenta del siglo pasado, que ha quedado tapado por la etapa de esplendor económico que siguió al Plan de Estabilización de 1959 hasta la crisis del petróleo en los años setenta.

Podemos considerar que este volumen se inscribe en una corriente de trabajos académicos orientados a recuperar la memoria de lo que representó la República, la Guerra Civil y el franquismo. Para el período del primer franquismo existen una multiplicidad de iniciativas destinadas a recuperar la memoria de aquel período y de sus víctimas. La propuesta que nos hace el editor es abordarlo desde la perspectiva del hambre, siempre presente en la memoria colectiva, aunque ausente a menudo de la documentación, según argumenta el propio editor. Es en este sentido que el libro intenta rellenar un vacío historiográfico.

Introducción aparte, el libro se divide en catorce capítulos agrupados en siete partes un tanto desiguales si nos referimos al número que contiene cada una. En la primera Miguel Ángel del Arco define el concepto de *hambruna* —destacando que puede ser resultado de una causa natural, pero que en ella intervienen los hombres y sus instituciones— y sitúa los años del hambre en España en un contexto internacional, dedicando especial atención al *Holodomor* en Ucrania, a la Gran Hambruna de Grecia y el *Hogernwinter* de los Países Bajos.

La siguiente parte está dedicada al período de la Guerra Civil con dos capítulos. El primero, firmado por Rúben Leitão, aborda la situación de hambre y represión de la Sevilla gobernada por Queipo de Llano y cómo la precariedad y la necesidad se extendieron más allá de su *reinado*, siendo miles de sevillanos y sevillanas los que quedaron al amparo de la beneficencia. Por su parte, Ainhoa Campos nos muestra en su capítulo cómo los rebeldes usaron como arma de propaganda el hambre que sufrió Madrid durante su largo asedio, que, según ellos, era la demostración del fracaso de la República y de la «barbarie roja».

Continúa el libro con una parte dedicada al mundo rural y la agricultura. En el primer capítulo, Sergio Riesco y Francisco Rodríguez nos muestran cómo la victoria franquista supuso la deconstrucción de la política de reforma agraria y cómo ello contribuyó a que miles de familias extremeñas —hasta 148 600 estiman los autores— llegaron a sufrir necesidad extrema; de esta forma, mientras las autoridades negaban o atribuían a causas exógenas dicha situación, la población que la sufría

intentaba sobrevivir usando estrategias habituales en otras situaciones de hambruna: delincuencia, alimentos en mal estado, etc. Esta parte contiene un segundo capítulo de Teresa María Ortega que aborda los discursos sobre las mujeres campesinas y sus intentos de movilización tanto por parte de las fuerzas del Frente Popular como de las autoridades franquistas. Estas últimas consideraban que las mujeres del campo también debían contribuir con su trabajo en la esfera familiar a la política autárquica.

Sigue con un apartado destinado a las políticas del régimen frente a la situación de carestía. Se inicia con un capítulo de Claudio Hernández en el que expone el discurso que construyó la dictadura durante el período que conocemos como los años del hambre —entre 1939 y 1951, aproximadamente—, el cual justificó la situación por razones climatológicas, el aislamiento internacional o, una vez finalizada la contienda, se derivó hacia una acusación retroactiva hacia las autoridades republicanas. Continúa este apartado con un capítulo firmado por Alejandro Pérez-Olivares en el que se analiza la política de abastecimiento y racionamiento en el Madrid de los primeros años del franquismo, cómo esta fue insuficiente dada la magnitud de la demanda de asistencia y cómo se aprovechó para llevar a cabo una función de «reeducación» y de control social que permitió a la dictadura sobrevivir a la espera de tiempos mejores. Esta parte se cierra con un capítulo de Francisco Jiménez dedicado al Auxilio Social y su acción de beneficencia, a imitación de instituciones similares de la Alemania nacional-socialista o de la Italia fascista; el Auxilio Social se inició en plena Guerra Civil y, según el autor, tuvo sus años culminantes en los primeros cuarenta del siglo xx.

La siguiente parte se centra en algunas formas de resistencia y oposición al régimen, que agrupa dos capítulos. En el primero, Lázaro Miralles nos muestra cómo una parte de la población intentó resistir a la situación creada por el régimen por vía de acciones individuales cometiendo pequeños delitos, todo ello usando fuentes judiciales y analizando los delitos de los vecinos del barrio popular del Albaicín y el Sacromonte de Granada. Al mismo tiempo nos muestra cómo en los años cincuenta y sesenta cambió el modelo: no solo disminuyó el número de delitos, sino que estos tuvieron mayor relación con la sociedad de consumo que empezaba a introducirse que con la necesidad alimenticia. En el segundo capítulo de esta parte, Jorge Marco analiza los ejes básicos del discurso del Partido Comunista de España contra el régimen que pivotaban sobre el estraperlo, el hambre y la represión, y nos enseña cómo, a pesar de señalar los efectos de la política autárquica, el PCE no pudo o no supo articular una estrategia de movilización popular en dicho período.

La penúltima parte, dedicada a las consecuencias de la autarquía, incluye tres capítulos. En uno de ellos, Gregorio Santiago repasa algunas de las enfermedades que se derivaron de

la situación de malnutrición vivida. Unas eran consecuencia de la falta de vitaminas, otras de la ingestión casi exclusiva de algunos alimentos como las gachas (el latirismo), y otras de tipo infecciosas o contagiosas, por ejemplo, el tifus. Le sigue un trabajo de Antonio M. Linares-Luján y Francisco M. Parejo-Moruno, que analizan el período en Extremadura a partir de la evidencia antropométrica, o sea, desde el análisis de la estatura de los mozos quintados en esta región nacidos entre 1900 y 1960. Sin embargo, la situación de miseria no parece reflejarse en la estatura de los reclutas extremeños, aunque ello no objeta, según los autores, que la miseria que vivieron miles de extremeños y extremeñas en aquellos años no fuese una realidad. Esta parte finaliza con un capítulo de Alba Martínez que analiza la política francesa de acogida de refugiados políticos y económicos, cada vez más restrictiva, desvelando la imagen más bien negativa que de estos se dio en Francia y las características de los emigrantes.

El libro finaliza con una parte de capítulo único dedicada a la memoria del hambre y firmado por Gloria Román, en que

recupera el recuerdo de la situación vivida durante el período a partir de algunas decenas de entrevistas de personas de las provincias de Jaén, Málaga, Granada y Almería.

En definitiva, se trata de una buena compilación de trabajos desde diferentes enfoques metodológicos en los que, a mi entender, destacan dos cosas. En primer lugar, que la situación de miseria y hambre que se vivió entre 1939 mediados de los años cincuenta, aproximadamente, no fue tanto el resultado de accidentes climatológicos o de aislamientos internacionales como de una política diseñada y deseada desde el Estado, la autarquía. Y, en segundo lugar, y por paradójico que parezca, esta política y la hambruna consiguiente, junto con una política de represión feroz, sirvieron al régimen para consolidarse.

Raimon Soler-Becerro
Universitat de Barcelona

<https://doi.org/10.33231/j.ihe.2021.04.008>